ATENEO DE MADRID

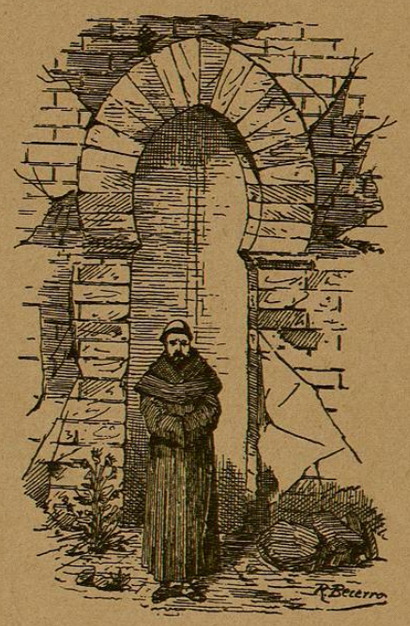
LA RÁBIDA

CONFERENCIA

DE

D. RICARDO BECERRO DE BENGOA

pronunciada el día 21 de Diciembre de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

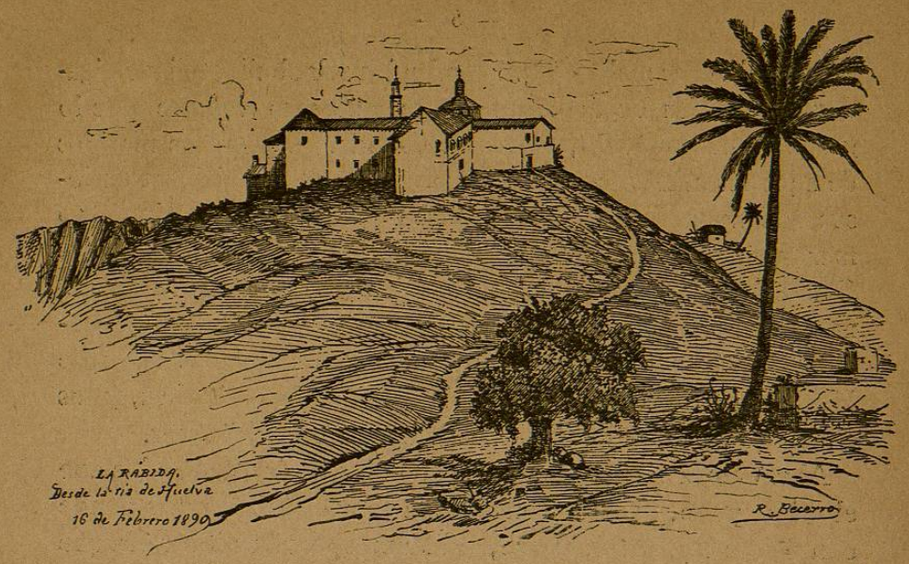
1892

E112
B38

CAPILLA ALFONSINA

FONDO CONTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

162864



Señoras y señores:

Hace poco tiempo nos encontrábamos varios amigos en una de las playas de los alrededores de Huelva, que lleva el nombre de Punta Umbría. Era la hora del anochecer, y allá, al Poniente, los últimos resplandores del sol, aclarando el cielo y dando mayor relieve á la colosal silueta del Océano, ponían ante nuestros ojos el admirable cuadro de lo que fué durante muchos años entrada del mar temido y tenebroso, y ruta, no explorada, de lo desconocido. Sin querer, al contemplar aquellos horizontes, acudió á nuestros corazones la misma idea que debió agitar siempre á los de los marinos onubenses, la idea de si era posible que el cuerpo, la vela y el remo pudieran seguir al pensamiento más allá de aquel cielo, para avanzar hacia aquel otro que el sol iba á alumbrar, y para descubrir y recorrer los mares y las sierras que bajo él se dilataran. Hoy, la solución del problema es un hecho, conocido ya desde fines del siglo XV; pero ayer, durante muchas centurias, semejante propósito, en tantos pechos animosos nacido y acariciado, fué, si no un imposible, una em-

presa mil veces malograda. Impulsados por el aliento investigador del espíritu humano, que surge poderoso siempre ante lo grande y desconocido, pensaron en todos tiempos los marinos de aquellas costas, como pensábamos nosotros, viajeros curiosos, en Punta Umbría, al sentirnos maravillados ante el inmenso mar que debió ser, desde un día feliz, el camino de las Indias Occidentales; y por aquel natural impulso que allí se siente, movidos por la irresistible fiebre del avance hacia lo desconocido, lanzáronse al mar en sus endebles carabelas hijos de Huelva tan animosos como el insigne Alonso Sánchez, y los Pinzones y Pedro Velasco, de Palos, y Pedro Vázquez.

Al volver la vista, desde la línea de los horizontes en los que el sol se pone, hacia aquellos de la tierra gaditana por donde con tantos esplendores nace, saludamos en una altura á la que desde lejos parece blanca paloma, á la reducida iglesia de La Rábida, que allí, en un extremo de la tierra, colgada sobre el mar, aparece como nido y cuna amorosa, de la cual salieron el hombre inmortal y los animosos compañeros que dieron al mundo viejo la compañía, la vida y los tesoros del Nuevo Mundo. De veras os digo, señores, que si ante la vista del mar, que es el camino de la América, se siente el ánimo sobrecogido, siéntese grande y levantado, gozoso como cuando se vislumbra la casa de nuestros padres después de larga ausencia, al descubrir en la altura el modesto santuario, cuyo renombre es universal, y que para los españoles simboliza una gloria, de la que todos somos partícipes, razón bastante para que nos consideremos unidos á La Rábida con el calor y con el amor con que á todo hogar querido nos sentimos atraídos.

Pues que visité y dibujé aquel santuario, me ha parecido oportuno y un tanto curioso para los que lo desconozcan el escoger su descripción como asunto de una conferencia colombina, al ser invitado á tomar parte en las que aquí se dan en honor al recuerdo del descubrimiento de América; y me he atrevido á ello por el ánimo que con sus benévolas excitaciones me infundieron mis queridos maestros, amigos y compañeros en el Parlamento, D. Manuel Pedregal y D. Gumersindo de Azcárate, y ante la buena acogida que el propósito de estos señores mereció al dignísimo Director de estos trabajos del Ateneo, D. Antonio Sánchez Moguel, á quienes envío el testimonio sincero de mi reconocimiento.

Para que me sigáis con facilidad en la excursión que vamos á hacer por aquellos históricos parajes, voy á dibujar en el tablero, rápidamente y mientras hablo, el croquis de la ría de Huelva, mapa necesario en esta conferencia para ahorrar palabras, ganar tiempo y facilitar la comprensión. *(El orador traza el croquis de los contornos de Huelva, diciendo al diseñar los detalles del conjunto):*

Aquí está Huelva, á la que llamaron los antiguos *Portus maris et terræ custodia*, detrás de la cual asoman, viéndose bien desde el mar, las colinas ó cabezos de Roma y de la Horca; por el N. baja el canal de Gribraleón, y hacia el E., multitud de riachuelos ó cauces forman el canal de este pueblecito, de Aljaraque, y diversos esteros y marismas que bajan por los canales de Mojarrera y de la Punta Umbría al Océano. El gran río Odiel constituye lo que pudiéramos llamar puerto de Huelva, cubriendo también sus aguas la gran marisma que se extiende por el SE. hasta la punta del Sebo, para unirse con las del afamado río Tinto, que en esta zona se llama asimismo Canal de Palos. Aquí está, en efecto, sobre la orilla izquierda, la memorable población de Palos, y bastante más al N., sobre la misma ribera, la villa de Moguer. Ambos canales, el del Odiel y el del río Tinto, se unen al pie de esta colina, donde se asienta el convento de La Rábida. Separa á la colina, de las que más al Mediodía avecinan al mar, una profunda cañada, por donde bajan las aguas del estero de los Frailes ó de Domingo Rubio, y en el extremo de los arenales que quedan al otro lado, al pie de La Rábida, álzase la vetusta Torre de la Arenilla, tugurio miserable del cuerpo de Carabineros y rincón costero plagado de víboras. Allá, traspuesto el gran canal, se ve la hermosa isla de Saltés, con abundancia de arbolado, y más allá avanzan las arenosas dunas de Punta Umbría, donde los mineros de Riotinto tienen establecidos sus *chalets*, hospitales para los enfermos y convalecientes, y donde hay una hermosa playa balnearia. Más abajo de Punta Umbría y de Saltés se extienden los bancos del Manto, dejando entre ellos abiertos algunos pasos, barras y canales. La principal salida de la ría

sigue al SE. la dirección de la costa de Castilla ó de Arenas Gordas, por el canal del Padre Santo. Al O. de todo el panorama caen Cartaya, Lepe, Isla Cristina, Ayamonte y Portugal; al E. Lucena, Almonte y la provincia de Sevilla, y al N. San Juan del Puerto, Gibraleón, Trigueros y Niebla. Por la orilla del Tinto sube el ferrocarril de las famosas minas, y en varias direcciones salen de Huelva hasta otras cuatro vías férreas que la tienen perfectamente servida.

La excelente posición y el abrigo que esta ría ofrecieron siempre á los marinos y las extraordinarias riquezas naturales del país, hicieron á éste afamado desde una fecha que, sin exageración, se remonta á treinta siglos. Huelva, con sus minas, fué en tiempo de los fenicios la América para aquellos navegantes, como América fué el ideal de los negocios y de la riqueza para la gente de mar de Huelva, Sevilla y Cádiz desde la época en que salió Colón del puerto de Palos.

No puede negarse que la posición del promontorio de la Rábida, dominando la entrada de un puerto, pudo desde los primeros tiempos llamar la atención de la marinería, y que siempre debió haber allí una mansión de aviso de señales de defensa, un fuerte, una casa de vigía ó un templo dedicado á algún genio protector de los navegantes. El sitio, á la verdad, lo está reclamando, é instintivamente el hombre lo ha aprovechado, al través de todas las épocas.

Ningún rastro histórico formal queda de lo que pudo haber en la Rábida y su comarca en los primitivos tiempos de la población de España, á no ser las derivaciones de los nombres ibéricos que se dieron á la comarca, á los ríos y á los pueblos, y que, como tantos otros, han resistido á la acción destructora de los siglos. Aquella región de la Iberia se llamó *Tartesia*, variación de las palabras ibéricas ó éuskaras *Tartaquia*, carrascal, ó *Artelesia*, alcornocal, y era una de las zonas de la más amplia comarca denominada *Turdetania*, esto es *Urde-zainia*, «Porqueros» ó «país de los porqueros», cuyos nombres característicos bien pueden aplicarse aún á las sierras y habitantes del norte de Huelva y de toda Extremadura, á pesar de los tres mil cuatrocientos años que por lo menos han transcurrido desde que vivían allí los primitivos pobladores, quienes también denominaron *Urión*, «Agua saludable» al actual río Tinto; y *Luz-turia* ó *Lucía* «Río ancho» al actual río Odiel; é *Ilipa* «Pueblo de abajo» á la población que hoy se llama Niebla. Aquel país tartesio, donde se hallaba Tharsis, encuéntrase citado por sus riquezas naturales en la Biblia y en los poemas griegos; y la historia de tan remotos tiempos consigna que cuando llegaron los navegantes fenicios, para comerciar con el cobre de aquella comarca y para establecerse después en ella y alzar en la isla de Saltés un templo al dios Hércules, era jefe de la gente indígena tartesia un patriarca llamado Argantonio. No dejó el puerto de Huelva, la *Onuba Aestuaria*, de ser visitado sin cesar por los navegantes de los grandes pueblos comerciales del Mediterráneo, ni de tentar la codicia de la dominación de cartagineses y romanos. Estos últimos fomentaron considerablemente la minería en los inmensos criaderos de la provincia, desde el Urium y el Luxia al Estrecho y del Estrecho á Roma, pasaron á millares los buques, desfilando al pie del promontorio famoso de La Rábida. ¿Cómo se llamaba entonces? No se sabe. ¿Qué establecieron con él los fenicios y los romanos? Tampoco puede asegurarse nada, sino es que la tradición ha consignado en los libros viejos que los dominadores del mundo erigieron allí un templo en recuerdo á Proserpina, hija de Trajano. Á la época de la dominación árabe corresponde el primer dato positivo que aun se conserva, acerca de este lugar famoso, porque los árabes le dieron el nombre que lleva y llevará siempre: RÁBIDA. Así denominaron á las fortalezas-santuarios, ó monasterios habitados por religiosos armados, por morabitos; y *Rábidas* ó *Rápitas* hay en Antequera, en Canillas, en Albuñol á orillas del mar, en Alcalá la Real, de Jaén, y en San Carlos. Rabhita es el Morabito, ó ermita y casa fuerte á la vez. Supónese, avanzando en la historia, que en la vanguardia de los ejércitos cristianos de la Reconquista, que se apoderaron de la comarca de Huelva á principios del siglo XIII iban los caballeros Templarios, y que á ellos se dió el dominio de aquel santuario fortificado. Otra legión pobre y conquistadora, que en aquellos tiempos se esparcía por los pueblos civilizados, la orden religiosa de los frailes Menores de San Francisco, tomó posesión de La Rábida á mediados de dicho siglo,

y desde entonces la poseyeron por espacio de seis centurias.

Ni los romanos, ni los árabes, ni los cristianos erigieron allí un templo suntuoso, ni una gran vivienda; La Rábida debió ser siempre, algo así como lo que es hoy, poco más que una ermita. El viajero curioso que acude á Huelva para visitar el histórico monumento, ya se dirija á él por tierra desde Moguer y Palos, ó ya se marche desde el puerto, ría adelante hacia el pobre embarcadero que está al pie de la colina, ve desde lejos el conjunto del monasterio, completamente blanqueado, sencillo en sus líneas, breve en su contorno y humilde en su total apariencia. Las grandezas que la imaginación pudiera forjar al figurarse desde otras tierras lo que debiera ser La Rábida, se eclipsan ante la desilusión que la realidad produce. El histórico monumento es «una monada», permitidme la frase; en su aspecto nada puede darse más reducido, en su arte exterior nada más pobre, en sus alrededores nada más mustio y desolado, y realmente en su interior nada más diminuto y vulgar, según está ahora. Añadid á esto el abandono, el silencio, la soledad, el aparente apartamiento del mundo en que aquello yace, y tendréis idea de la desilusión de que os hablo, y que, en efecto, allí se siente. Sin embargo, los recuerdos históricos excitan al ánimo y al corazón ante aquella ruina, y tanto cuanto más humilde es, tanto más de relieve, más grande y más elocuente aparece el hecho grandioso de la llegada y acogida del humilde y pobre Cristóbal Colón y de su hijo, y tanto más providencial la intervención que en su suerte tuvieron aquel viaje y los humildes y pobres frailes de San Francisco. No se cansa allí el espíritu de meditar acerca del contraste que forman la miseria de aquel santuario con la trascendental grandeza de lo que en él ocurriera un día. Rotas y desvencijadas están las paredes y sus cierres, arruinadas las dependencias, desiertos sus claustros, cubiertas de polvo sus celdas, desportillados sus techos, blanqueado mucho de ello á estilo de vivienda meridional, y mal ornamentada su iglesia á modo de ermita de aldea; asolada se ve su huerta, que es, como todos los alrededores, un yermo, y sólo se alza en ellos, entre la colina y la playa, una veterana y gentil palmera, que el buen deseo supone contemporánea de los días de Colón, y cuyo airoso perfil, coronado por

los arrogantes penachos de sus ramas plumiformes, constituye el único encanto, el único detalle artístico y poético de aquellos alrededores. Algún olivo vetustísimo y ligeras masas de arbolado se levantan en la ribera del Tinto, mientras que por el lado opuesto, sobre el páramo que se dilata desde la cruz de piedra hacia Oriente, nada hay apenas de vegetación, sino las arenas de aquel suelo de aluvión cubiertas con espontáneas plantas rastreras. Ni siquiera dan variedad y hermosura al cuadro aquellos pinares que aun existían en 1828, cuando Washington Irving visitó el santuario y cuando aseguró que «desde las viñas de Palos quitan la vista al convento el bosque de pinos y cubren todo el promontorio por el lado de Levante, oscureciendo el paisaje en esta dirección».

La pequeñez del templo me recordaba las de otros afamados mucho más antiguos, que visité en diversas excursiones, como por ejemplo, el latino de Naranco, en Oviedo, y el románico de Arbás, en la subida leonesa del puerto de Pajares, construcciones microartísticas, dentro de cuyas bóvedas apenas caben de dos á cuatro docenas de personas. No hay espacio seguramente en la iglesia de La Rábida para cincuenta fieles, y en sus celdas apenas había comodidad para veinte religiosos.

Veamos qué disposición tiene aquél afamado convento. Seguidme para ello en el trazado que voy á hacer, mientras lo explico, y así fácilmente lo podréis comprender y resultarán completos, aunque muy sencillos, el plano de La Rábida y su descripción, tales cuales son hoy, antes de que la obra se restaure.

(El orador dibuja detalladamente la planta del edificio, explicando uno por uno todos sus compartimientos.)

Sobre una línea de fachada al Oriente, de poco más de cuarenta metros de longitud, se abre la entrada actual con una puertecita revocada, de arco rebajado, ante la cual pintan todos los artistas la escena de la llegada de Colón y de su hijo. Del portalito primero se pasa á uno posterior, en el que se abren, á la izquierda, la ventana de la sacristía, y al frente, cerca del rincón derecho, la puerta de paso al claustro, que tiene en éste otra puerta de arco trilobado. El primer claustro, que es el moderno, y cuyo claro interior, cuajado de plantas, tiene unos